

3

200

La Mujer Cubana en las luchas por la Independencia

Marzo 20/17
El Cubano Libre

La mujer cubana puede sentirse orgullosa de la página que su heroísmo dejó escrita para la Historia de Cuba, perdurable recuerdo de su brillante actuación en nuestras luchas por la Independencia.

Si se tiene en cuenta cómo se deslizaba la vida de la mujer cubana durante la época del coloniaje, no se puede menos que reconocer que en su actitud al llegar a sus oídos desde los campos revolucionarios los sonidos vibrantes del clarín que llamaba a los cubanos a la lucha, fué una verdadera revelación, algo inesperado, que sólo podía tener como cuna un amor entrañable e incommensurable a la patria.

En efecto, nadie creyó, ni esperó, que su obra llegara a alcanzar los límites de algo colosal, que esa mujer mimada, ese bibelot encantador, de un exotismo extraordinariamente interesante para los países europeos, a quien los escritores de allendes los mares se empeñaron en retratar como una eterna Guarina, a quien la hamaca servía de perenne refugio, a manera de la concha a una perla de gran valor; cuyo sueño arrulla al susurrar armoniosos los penachos de las palmas y el inevitable canto del ruiseñor, aquella mujer cuyos pies calzaban esclavas listas a atender al más ligero de sus caprichos, fuera la misma que heroica, arrogante, desafiando la tiranía, se erigiera un día junto al corcel de guerra de un compañero extendiendo sus brazos hacia el Oriente, mostrara a esos mismos esclavos el panorama hermosísimo de un nuevo sol, cuyo rayo pasando a través de las nubes, dibujaban en la campiña querida como un arabesco mágico la palabra "Libertad".

Y es que el patriotismo de la mujer cubana es ingente; su criterio claro y precoz, no necesitó de arengas ni estudios especiales de la historia de otros países que sacudieron con anterioridad la cadena del vasallaje, para comprender de un sólo golpe de vista la grandeza del momento llegado, en que un pueblo oprimido, cansado de las humillaciones que trae consigo la esclavitud y del inútil esperar a que sus demandas justas fueran atendidas, se levantaba amenazador, resuelto a conquistar por las fuerzas de las armas esos derechos demandados, aunque ello envolviera toda clase de sacrificios, desde la devastación del hogar hasta la pérdida de la vida.

Una vez impuesta de todo ello, esa mujer no mira atrás, sino que de manera decidida, rompió con su pasado de molicie, olvidó el caserón criollamente confortable, las tardes en que acariciada por los rayos de un sol poniente, contemplaba, al amparo de la enramada del patio, el rutilar incipientemente de las primeras estrellas que aparecían allá en el Oriente ya obscureciendo, haciéndole soñar con perspectivas hermosas de paz y bienestar. Una vez decidida, o bien olló con paso seguro la senda estrecha y tortuosa de la conquista de la libertad o con la resignación de

2

la espartana, despidió al hijo que marchaba rumbo a la Revolución, suspensa en sus pestañas las lágrimas del dolor, al mismo tiempo que los labios trataban de pronunciar las palabras a cuyo conjuro debían sostenerse encendida para siempre en aquel pecho de llama sacrosanta del sacrificio en aras de la patria.

Luego comenzaron las pruebas: amenazas, persecución, el ultraje en gran número de ocasiones, y, como si no fuera bastante todo ello, la confiscación de los bienes, precursora de las escaseces sin nombre, que relucían cada vez más los límites de la vivienda.

Después llegaba el día en que aquellos queridos seres ausentes, enterados de esas vicisitudes sin cuento sufridas en silencio y con valor, la animaban a seguirlos. "Aquí les decían, no recuperarán el bien perdido, pero tendrás libertad, y, si pereces, no serás ahogada en el ambiente pobre, asfixiante, que rodea al esclavo, obligado a callar..." Y entonces en un arranque de valor no mediable, preparaba su singular equipaje en el que reaparecía, no como refugio de las horas de indolencia, sino como lecho caritativo, la simbólica hamaca de sus buenos días allá en la finca inolvidable, de hermosos palmares y cuidados bateyes cubiertos hoy de abrojos, de zarzales...

En las regiones montañosas, donde únicamente se hacía fácil su acceso a los campos revolucionarios, en muchas ocasiones se vió marchar a las retaguardias de las tropas, llevando en sus alforjas hihlas, los algodones, las vendas confeccionadas por sus hermanas que quedaron en la población o moraban en el extranjero, suspirando por la patria lejana, atenta a esas dolorosa pero necesaria refracción de artículo que en unión de las escasas medicinas que componían los botiquines mambises, debían prodigar algún consuelo a los que padecían en esa jornada, en los días que en estas tenían por epílogo un rastro sangriento y unos ayes desgarradores. Cuando llegaban esos momentos en que el hospital de sangre improvisado en un pequeño valle, señalaba un alto en ese recorrido interminable, la mujer cubana, ligera como una corza, acoplaba de aquí y de allá las piedras que debían formar el fogón de su enfermería para condimentar los cocimientos y los caldos, la mayor parte de las veces "caldos vacíos" (frase mambisa), hechos con las yerbas y raíces a su alcance que debían contribuir al restablecimiento de sus pobres enfermos a quienes animaba en todo sentido, augurándoles cada día, al tender la noche su manto de quietud, una aurora que debía traer envuelta entre los pliegues de su manto, la esperanza de un pronto regreso al hogar, que abandonado y frío, esperaba

allá, a lo lejos, el alumbrar de la antorcha de la libertad para que a él volviera sus moradores, cubiertos de glorias y de ansias de bienestar para esa patria querida.

Y el momento profetizado por los labios de la compañera bienhechora llegó a todos, el clarín sonó una vez más en los campos de Cuba, no ya con el sonido vibrante que incitaba a la lucha, sino con el dulce y sonoro que publicaba la paz que llamaba a las ovejas hacia un redil mejor... la mujer se incorporó, consideró sus pobres harapos sostenidos a fuerzas quizás qué prodigio, se contempló exhausta físicamente, palpó su piel, quemada quizás para siempre por el inclemente sol tropical; sus manos, que, a fuerzas de trabajos burdos habían encallecido, pero... se sintió fuerte en medio de la debilidad y la miseria experimentó la emoción incomparable que deben experimentar los titanes cuando rinden su labor y, después de elevar una oración de gracias al altísimo y dedicar un recuerdo a los caídos que no pudieron llegar a la meta, alborozada y feliz buscó a sus compañeros y juntos emprendieron la vuelta a la Ciudad, mientras un hálito de vida nueva que venía de lejanas tierras, de las praderas donde ya las plantas reverdecían, mecían sus cabellos sueltos de "madonna" emblemática de los ideales cubanos de Libertad.

El cubano Libre, mayo 20/54

Patrimonio del Estado
Biblioteca de la Habana